

ACTO EN RECUERDO DE DON JOSE ANTONIO CALDERON QUIJANO

por EDUARDO YBARRA HIDALGO

En el pasado mes de Abril, nos dejó definitivamente un académico que hasta muy poco antes de su inesperado fallecimiento era activo partícipe en la vida corporativa.

Como amigo sentí vivamente su ausencia y como Director de la Academia con un doble sentimiento: El no contar con su colaboración en las tareas académicas, en las que siempre lo encontré dispuesto al servicio, y de otra parte porque desde mi ingreso en la Corporación, me demostró una confianza que para mí era acicate en mi responsable actuación.

Al distribuir las materias de las intervenciones en este acto, decidimos que Don Francisco Morales Padrón haría el examen y estudio de Don José Antonio como Americanista, mediante el examen de su obra y yo me ocuparía de su personalidad humana y de su actuar académico.

Es significativo que Don José Antonio Calderón Quijano leyó su discurso de ingreso en esta Academia el día 12 de Octubre de 1970, fiesta de la Hispanidad versando su discurso sobre asunto tan hispano-americano como el de «Porvenir del mestizaje». El acto, dada la personalidad del recipiendario, a la sazón Rector de la Universidad, resultó brillantísimo, presidiendo el acto el Carde-

* Disertación pronunciada en sesión de la Academia el 10 de noviembre de 1995.

nal Bueno Monreal, por cesión estatutaria que le hizo el Director Don José Sebastián y Bandarán. Presidía también Don Florentino Pérez Embid y asistían la totalidad de las primeras autoridades de Sevilla. Le contestó en nombre de la Academia Don José Hernández Díaz, maestro que había sido de Don José Antonio.

Pero este académico, Magnífico y Excelentísimo Rector no había llegado a ese máximo escalafón universitario de forma espontánea y a prueba. La sola enumeración de los cargos que antes había ocupado acreditan su preparación y la eficaz gestión con la que llegó, en época especialmente difícil en la Universidad.

Había cursado, primero la licenciatura de Derecho y después la de Filosofía y Letras, doctorándose de ambas disciplinas en la Complutense, con dos tesis doctorales, respectivamente tituladas: «Belice 1663/1825. Historia de los establecimientos Británicos del río Valis, hasta la Independencia Hispano-americana» e «Historia de las fortificaciones de Nueva España».

Muy joven obtiene la cátedra de Historia de América en Barcelona pasando enseguida a Sevilla a la misma cátedra que se completaba con «Historia de la colonización Española».

Esos cargos que antecedieron al rectorado fueron:

—Secretario de la Universidad Hispano-Americana de Santa María de la Rábida.

—Secretario General de la Universidad de Sevilla.

—Director de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos, de la que fue cofundador y Bibliotecario contribuyendo a la formación de su espléndida biblioteca, en su especialidad, de las mejores del mundo.

—Consejero del Patronato Menéndez Pelayo.

—Consejero del Consejo Superior de Investigaciones científicas.

—Consejero Delegado de Educación.

Destacó Don José Antonio en la Academia, más que por la ocupación de cargos, que por los oficiales que ostentaba le hubieran impedido una responsable actuación, por su constancia en el quehacer académico, con sabias intervenciones de su especialidad americanista, sin abandonar por ello otros temas de actualidad, como el recientemente publicado en el Boletín de la Academia sobre la Encíclica del Papa «Cuadragesimus Annum» sobre las

relaciones laborales a la luz de la doctrina de la Iglesia, con motivo del aniversario de la famosa «Rerum Novarum».

Siempre sereno, sus opiniones eran oídas con respeto, y muchas veces condujo los asuntos internos por vías de soluciones de entendimiento y cordialidad.

Las circunstancias del nacimiento, educación y formación en todos los ordenes de Don José Antonio Calderón, considero determinación toda su posterior actuación, por lo que a esa etapa de su vida prestó una especial atención.

Como tantas familias españolas residentes en México después de proclamarse la independencia, unas antes y otras después de los sucesivos gobiernos revolucionarios, y dada la situación de los que allí permanecían sin adherirse a la nueva situación, emprendieron el viaje a España.

En tal circunstancia el matrimonio compuesto por Don Antonio Quijano y su prima Doña Carmen Quijano, decidió volver al solar de origen en la Montaña. Habían creado una numerosa familia. Unos pasaron a Estados Unidos donde estudiaban los hijos de la tercera generación y otros volvieron a España con sus padres.

Pronto D^a Carmen encontró el clima de la Montaña muy lluvioso y húmedo, lo que no iba bien a su salud. Después de un viaje de prueba a diversas localidades, quedó prendada de Sevilla, de su clima y ambiente de la ciudad de mediados del XIX. Desde 1870 vemos al matrimonio instalado en el número 34 de la Plaza de Argüelles, apareciendo Antonio Quijano como agricultor, donde vivieron y murieron las siguientes generaciones hasta nuestros días.

La hija mayor de los Quijano, Carmen, contrae matrimonio con Don José Luis Calderón Caso originario de Asturias, pero también como la familia de ella con intereses en México. Se instalaron en la bella ciudad de Puebla de los Angeles, a medio camino entre la ciudad de México y el mar, donde el 4 de Marzo de 1916 nace José Antonio Calderón Quijano. Días después del nacimiento fallece don José Luis Calderón, lo que determinó que Carmen, viuda con un hijo recién nacido, sin parientes en esa ciudad decidiera volver con los suyos a Sevilla.

La llegada de la hija mayor con su pequeño hijo a la casa paterna, llenó de ilusión a toda la familia, ya que se trataba del

primer hijo de esa generación de los que se habían instalado en Sevilla. Carmen desde entonces estuvo dedicada al cuidado y educación de su único hijo. Cuando el niño comenzó a tener uso de razón se organizó su vida y educación para lo que tenía la inestimable ayuda de una antigua institutriz alemana que hacía tiempo estaba en la familia. Reguló más adelante la vida del jovencito José Antonio como si de un internado se tratara. Con auténtico espíritu germánico se establecieron las horas de recreo y la de las clases de las distintas asignaturas impartidas por sus correspondientes profesores, en lo que se llamaba enseñanza libre, que obligaba a final de curso a convalidar los conocimientos mediante exámenes en el antiguo Instituto San Isidoro, auténtico terror para los alumnos, que se enfrentaban ante un tribunal con tres catedráticos desconocidos para ellos, que los miraban con ojos inquisidores.

Esta educación tan controlada, debe tenerse en cuenta, para calibrar la influencia que tuvo en la puntual actuación de Calderón Quijano en sus estudios: la exactitud en los conceptos, el cuidado en las anotaciones, leídas y ratificadas y el no dejar extremos sin su correspondiente comprobación. Ese bachillerato lo atravesó el alumno José Antonio Calderón con gran aprovechamiento y excelentes notas.

Por relaciones familiares, los amigos de niñez y juventud de José Antonio eran los varios hijos de D. Joaquín Benjumea Burín, con los que alternaba en su casa de la Avda. de la Borbolla. El fútbol era en aquella época deporte incipiente en la ciudad, e intuyo que en ese tiempo debió nacer en el joven José Antonio la afición a ese deporte, que cuajó posteriormente —rasgo realmente humano de un científico— en un militante sevillísimo.

De esta amistad con los Benjumea Medina, nacería años después el amor, contrayendo matrimonio con la mayor de las hijas, Manuela, matrimonio modelo en el que de forma ejemplar, con el auxilio de los tres hijos, se practicó con gran espíritu la promesa nupcial del sacramento de su fidelidad en la salud y lo más meritorio y difícil en la enfermedad.

Universitario de la Hispalense siempre tuvo especial recuerdo para sus maestros, a los que nombra repetidamente en sus escritos. De ellos ciertamente adquirió especiales conocimientos: Don

Francisco Murillo Herrera en el que personifica el «Laboratorio de Arte» de la Universidad; Don Diego Angulo Iñíguez, Don José Hernández Díaz, Don Cristóbal Bermúdez Plata, Don Antonio Sanchó Corbacho, realmente figuras excepcionales de la Facultad de Filosofía y Letras. No debe pasarse por alto en esta provechosa juventud un curso en la Universidad de Insbruck donde confirmaría su germánica educación.

Resumidos los hitos fundamentales de la vida escolar y universitaria, está en su triple aspecto de estudiante, docente y autoridad, podemos preguntarnos ¿como era Don José Antonio Calderón Quijano?

Algunos podrían pensar, que persona con esos antecedentes podría tener carácter introvertido, con cierto aire de superioridad, algo ajeno a la vida ordinaria de relación. Nada más lejos de la realidad. En primer lugar porque su bagaje tenía por sustento un auténtico sentido cristiano de la vida y de consiguiente su clara vocación de servicio y colaboración con todos.

Su fundamento religioso de inicio materno, como debe ser, no derivó en un pietismo intrascendente, ni se quedó en una mera devoción sensible. Su posterior formación teológica —el mismo confiesa los horizontes que le abrió el que luego sería su compañero de academia, el Padre Serafín de Asenjo— dió solidez a sus creencias, practicando un apostolado activo en revistas religiosas con su pluma con el ejemplo de su vida y con el desprendimiento. De ello pudieran hablar los Franciscanos de Regla y otras instituciones.

Pero por otra parte D. José Antonio Calderón Quijano realizó en su religiosidad una perfecta simbiosis entre lo profundo y lo popular. Decía Don Antonio Muro que era mexicano de nacimiento, hispano desde su niñez y sevillano por amor.

Y ese sevillanismo lo sintió y lo practicó enamorado de Sevilla como el que más. En su precioso libro sobre las «Espadañas de Sevilla», evoca al niño oteando desde una azotea ya desaparecida (la de su casa) del Barrio de San Pedro, «desde la cual se ofrecía una panorámica de la ciudad, coronada de blancas azoteas y miradores»... «Nosotros los sevillanos vemos y sentimos la espadaña, la nuestra, la de nuestro barrio propio o del convento más próximo, aquella cuya campana se oye mejor en nuestra propia

casa, la que para cada uno de nosotros tiene una misma evocación y significado». Y se decidió a fotografiar y estudiar todas las espadañas de Sevilla». ¿porqué? «Nuestro estudio —dice— tiene un aire sentimental y nostálgico. Un querer detener algo que se nos va cada día». «**Los cielos que perdimos**» es el título de un libro que apareció en los años que yo empezaba a reunir esta colección de fotografías, y me di cuenta al leerlo hasta que punto Joaquín Romero había acertado, al definir una vez más, algo de la ciudad que se nos va y cuya pérdida tanto nos preocupa».

Sevillano, de la plaza de Argüelles no podía ser ajeno al fenómeno esencialmente sevillano de las cofradías. Con los de su familia era fiel y cumplidor hermano de Pasión, donde salía con sus nietos. Pero la esquila de la Mortaja desde joven tocó su corazón y también ingresó en esa ejemplar hermandad del Viernes Santo Sevillano.

Este su sevillanísimo era tan profundo que hasta en el trance supremo de la vida, en su testamento otorgado el día antes de morir después de declarar que profesa la Religión Católica, dispone que «desea ser amortajado con su medalla, túnica, cordón y escudo de la Hermandad de Pasión a la que pertenece».

José Antonio Calderón Quijano fue un americanista insigne; luego se hablará de su obra. Pero quiero recalcar en esa vocación, el espíritu de servicio que con ella quiere hacer a los estudiosos americanistas y abundar en su modestia. Uno de sus fundamentales libros se titula «El Americanismo en Sevilla 1900-1980» en el que esa actitud de servicio y ayuda la corrobora el profesor Don Antonio Muro en el prólogo de la obra. Dice: «La publicación y el correspondiente estudio historiográfico de Fuentes Bibliográficas es una obra utilísima para los estudiosos en cuanto compendia muchas horas de labor paciente y aporta rápidamente noticia veraz sobre los libros publicados». Y reafirma el profesor Muro: «al analizar este pesado y penoso trabajo, el compilador (en ese caso el Sr. Calderón) queda oculto ante la voluminosa tarea bibliográfica, perdiendo en ocasiones su propia identidad en aras del servicio que presta al atento lector al que aspira el coleccionador a hacerle útil». Modestia y servicio.

Este libro es realmente trascendente para los americanistas, como no lo son menos, aunque para estudios más concretos los

que realizó sobre la «Toponimia Andaluza en América» y la celebración del IV Centenario del descubrimiento de América. Tres trabajos exhaustivos aunque D. José Antonio con su modestia habitual agradece al que le pueda dar nuevos datos sobre las materias tratadas porque dice: «Debemos ser conscientes de nuestras propias limitaciones y de lo difícil, por no decir imposible que resulta conseguir la exahustividad en un asunto histórico».

A esas virtudes de modestia y servicio de Calderón Quijano, hemos de añadir otra en la que se significó: Su espíritu tolerante, procedente justamente de su sólida formación. Respetaba la opinión ajena, la opinión contraria, sin necesidad de forzar sus principios.

José Antonio Calderón Quijano, modesto, servicial, tolerante no es dudoso fuera portador de paz.

Por último me parece un dato digno de resaltar que Don José Antonio Calderón, creo que es el único americanista de su talla, que solo atravesó el atlántico a su venida recién nacido desde México. Pero ya no volvió. Creo que no como disculpa, sino constando la realidad del hecho, expone en la introducción del libro citado, que Sevilla, que había sido el primer puerto de navegación al Nuevo Mundo, se convirtió al crear Juan Bautista Muñoz el Archivo de Indias, en la antigua casa Lonja, en el más valioso depósito de documentos que recogían la historia de aquella Empresa y en la fuente donde tendrían que venir a beber todos los que quisieran conocerla y divulgarla». El llegó de recién nacido, y aquí se quedó porque por las circunstancias que fueran, él tan puntual, investigador estimó bastante con beber de esa suprema fuente sevillana.

¡Quién sabe si a Don José Antonio Calderón Quijano le quedó la nostalgia de no haber vuelto a ver con sus ojos esas tierras, esos monumentos, esas gentes, que tan bien conocía, y le llevaría a disponer que sus restos fueran enterrados en el blanco y luminoso pueblo de Chipiona, en la bahía de Cádiz, a la orilla de ese mar que lo dejó en Sevilla apenas nacido!